

y sus amigos y servidores le secundaron valerosamente. Hubo un combate sangriento. La milicia perdió un oficial y seis ó siete hombres, pero al fin los de Lovelace fueron vencidos, él cayó prisionero y fué enviado al castillo de Gloucester (1).

XLIX.

COLCHESTER Y ABINGDON.

Otros fueron más afortunados. El mismo día en que sucedía la escaramuza de Cirencester, Ricardo Savage, lord Colchester, hijo y heredero del Conde de Rives, y padre, por amores ilícitos, de aquel infeliz poeta cuyos extravíos y desgracias constituyen uno de los pasajes más tenebrosos de la historia literaria, se presentó en Exeter seguido de unos sesenta ó setenta jinetes. Acompañábale el atrevido y turbulento Tomás Wharton. Algunas horas después llegó Eduardo Russell, hijo del Conde de Bedford y hermano del virtuoso aristócrata cuya sangre fuera derramada en el cadalso. Anuncióse en seguida la llegada de otro personaje aun más importante. Colchester, Wharton y Russell pertenecían á aquel partido que había estado siempre en guerra con la Corte. Al contrario, Jacobo Bertie, Conde de Abingdon, fuera mirado como uno de los defensores del gobierno arbitrario. Habíase mantenido fiel á Jacobo en la época del *bill* de exclusión. Mientras fué lord lugarteniente del Oxfordshire, había desplegado gran rigor y severidad contra los partidarios de Monmouth, y había hecho encender lu-

(1) *Gaceta de Londres*, 15 de nov. 1688; *Diario de Luttrell*.

minarias para celebrar la derrota de Argyle. Pero su horror al papismo le había arrojado en las filas de la oposición y de los rebeldes. Él fué el primer Par del Reino que se presentó en los cuarteles del Principe de Orange (1).

Mas no tenía tanto que temer el Rey de los que abiertamente se disponían á combatir su autoridad, como de la negra trama cuyas ramificaciones se extendían por su ejército y su familia. Churchill debe ser considerado como el alma de aquella conspiración; Churchill, sin rival en sagacidad y astucia, dotado por temperamento de cierta fría intrepidez que no le abandonaba nunca ni en el campo ni en el gabinete, de alto rango en la milicia y singular en el favor de la Princesa Ana. Aun no era tiempo de descargar el golpe decisivo. Sin embargo, valiéndose de un agente subordinado, infirió una herida grave, si no mortal, á la causa del Rey.

L.

DESERCIÓN DE CORNBURY.

Eduardo, Vizconde de Cornbury, hijo mayor del Conde de Clarendon, era un joven de escaso talento, moral corrompida y arrebatado carácter. Habíanle enseñado desde la infancia á mirar como base de su fortuna su parentesco con la Princesa Ana, incitándole á que le hiciera asiduamente la corte. Nunca se le había ocurrido á su padre que la hereditaria lealtad de los Hydes pudiese correr el menor riesgo en-

(1) Burnet, I, 790; *Vida de Guillermo*, 1703.

tre los servidores de la hija favorita del Rey, pero entre ellos ejercían absoluto poder los Churchills, y Cornbury vino á convertirse en instrumento suyo. Mandaba uno de los regimientos de dragones enviados al Oeste. Ordenáronse las cosas de tal modo que el 14 de noviembre fué, por espacio de algunas horas, el oficial más antiguo en Salisbury, hallándose sometidas á su autoridad todas las tropas allí reunidas. Parece extraordinario que en circunstancias tales, el ejército de quien todo dependía se hubiera quedado, aun cuando fuera sólo por un momento, á las órdenes de un joven coronel sin talento ni experiencia. No puede dudarse que tan extraño arreglo era resultado de una oculta trama, sin que tampoco pueda ponerse en duda quién fuese la cabeza y el corazón á quien ésta haya de imputarse.

De pronto tres regimientos de caballería de los concentrados en Salisbury, recibieron orden de marchar al Oeste. Cornbury se puso á su cabeza y los condujo primero á Blandford y de allí á Dorchester. Desde Dorchester, después de un descanso de una ó dos horas, se dirigieron á Axminster. Algunos oficiales empezaron á inquietarse y pidieron explicación de tan extraños movimientos. Cornbury respondió que tenía instrucciones para dar un ataque nocturno contra algunas tropas que el Príncipe de Orange había apostado en Honiton. Pero las sospechas se habían despertado ya; hicieronle preguntas terminantes, á las que contestó evasivamente. Por fin, Cornbury se vió precisado por sus compañeros á presentar sus órdenes, advirtiéndoles entonces que no sólo le sería imposible pasarse con los tres regimientos, como había esperado, sino que se encontraba en situación muy peligrosa. Así, pues, se dió á la fuga con algunos de los que quisieron seguirle, acogiéndose al campa-

mento holandés. La mayor parte de sus soldados regresaron á Salisbury, pero algunos que se habían apartado del grueso de las fuerzas y que no sospechaban los designios de su jefe, continuaron hasta Honiton. Allí se encontraron en medio de una fuerte columna, perfectamente apercebida para recibirlos. Toda resistencia era imposible. El jefe enemigo les invitó á entrar al servicio de Guillermo, ofreciéndoles, en gratificación, la paga de un mes, que la mayoría aceptó (1).

El 15 se recibió en Londres noticia de estos sucesos. Jacobo había estado toda la mañana de muy buen humor. El Obispo Lamplugh acababa de presentarse á la Corte, á su llegada de Exeter, y había sido muy bien recibido. «*Milord*, dijo el Rey, *sois realmente un antiguo Caballero.*» El Arzobispado de York, vacante desde hacía más de dos años y medio, fué concedido inmediatamente á Lamplugh como premio á su lealtad. Aquella tarde, en el momento en que el Rey se sentaba á la mesa, llegó un correo anunciando la deserción de Cornbury. Jacobo se levantó sin probar bocado, comió una corteza de pan, bebió un vaso de vino y se retiró á su gabinete. Supo de allí á poco que en el momento que se levantaba de la mesa, algunos Lores, en quienes tenía la mayor confianza, se estrechaban la mano y se felicitaban mutuamente en la galería vecina. Cuando estas noticias llegaron á las habitaciones de la Reina, ella y sus damas prorrumpieron en lágrimas y sollozos (2).

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, tom. II, 215; Mem. orig.; Burnet, I, 790; *Diario de Clarendon*, 15 de nov. 1688; *Gaceta de Londres*, 17 de nov.

(2) Clarke, *Vida de Jacobo II*, tom. II, 218; *Diario de Clarendon*, 15 nov. 1688; Citters, 16 (26) de nov.

El golpe era, en verdad terrible. Ciertamente que la pérdida numérica para la Corona y la ventaja real para los invasores apenas ascendía á doscientos infantes y otros tantos caballos. Pero ¿dónde podría el Rey en adelante encontrar aquellos sentimientos que hacen la fuerza de los Estados y de los ejércitos? Cornbury era heredero de una casa famosa por su adhesión á la Monarquía. Su padre Clarendon, y Rochester su tío, eran hombres cuya lealtad se suponía á prueba de toda tentación. ¿Cuál no debía ser la fuerza de aquel sentimiento contra el cual eran impotentes las preocupaciones hereditarias más hondamente arraigadas, de aquel sentimiento que era bastante poderoso á llevar á un joven oficial de gran cuna á la desertión, agravada por el abuso de confianza y una falsedad insigne? Y aun daba al suceso proporciones más alarmantes el no ser Cornbury hombre de cualidades brillantes ó de carácter emprendedor. Era imposible dudar que no hubiese ocultado en la sombra algún poderoso y artero tentador. Quién fuera éste, es lo que se había de ver bien pronto. En tanto ningún soldado del campamento Real podía estar seguro de no hallarse rodeado de traidores. El rango político, el rango militar, el honor caballeresco, el honor del soldado, las más vehementes protestas, la más pura sangre de *Caballero*, no podían ya en lo sucesivo ofrecer seguridad. Todos podían con fundamento dudar si las órdenes recibidas de sus superiores no servían para secundar los propósitos del enemigo. La pronta obediencia, sin la cual un ejército es tan solo desordenada multitud, había necesariamente terminado. ¿Qué disciplina podía haber entre soldados que acababan de salvarse de una asechanza, por no querer seguir á su jefe en una expedición secreta, y por insistir en hacerle presentar sus órdenes?

El ejemplo de Cornbury fué pronto seguido por una multitud de desertores que le eran superiores en rango y talento, pero durante algunos días se vió solo en su vergüenza y fué duramente censurado por muchos que después imitaron su conducta y enviaron su poco honrosa iniciativa. Entre éstos se contaba su propio padre. La primera manifestación del furor y sentimiento de Clarendon fué altamente patética. «¡Oh, Dios! exclamó; que un hijo mío haya llegado á la rebelión!» Quince días después sus ideas habían cambiado de tal modo que también él se hizo rebelde. Sería injusto, sin embargo, declararle por esto hipócrita refinado. En tiempos de revolución se vive muy de prisa; en algunas horas se adquiere la experiencia de años enteros, interrúmpense violentamente antiguos hábitos de pensamiento y acción, y en pocos días, novedades que á primera vista inspiraban horror y disgusto, se hacen familiares, tolerables y seductoras. Muchos hombres de virtud más pura y más elevado espíritu que Clarendon se dispusieron á poner por obra, antes del fin de aquel año memorable, lo que al principio habrían calificado de maldad é infamia.

El infeliz padre trató de serenarse lo mejor que pudo y envió á pedir al Rey una audiencia particular, que le fué concedida. Jacobo dijo, con amabilidad en él poco frecuente, que compadecía con todo su corazón á la familia de Cornbury, y que en modo alguno la haría responsable del crimen de su indigno pariente. Clarendon se retiró á su casa, sin atreverse apenas á mirar al rostro á sus amigos; pero pronto supo con sorpresa que el acto que había deshonrado para siempre á su familia, según él imaginaba al principio, era aplaudido por algunas personas de elevadísima posición. Su sobrina, la Princesa de Dinamarca, le pre-

guntó por qué se encerraba de aquel modo. Él respondió que la villanía de su hijo le había llenado de confusión. Ana pareció no comprender tal sentimiento, y dijo: «*El pueblo mira con gran inquietud el papismo, y creo que muchos del ejército obrarán como Cornbury*» (1).

En tanto el Rey, lleno de inquietud, convocaba á los principales oficiales que aun estaban en Londres. Churchill, que por este tiempo había ascendido á lugarteniente general, se presentó con aquella inalterable serenidad que ni el peligro ni la infamia podían hacerle perder. Asistía también á la reunión Enrique Fitzroy, duque de Grafton, que se distinguía por su audacia y actividad entre todos los hijos naturales de Carlos II. Grafton era coronel del primer regimiento de guardias de á pie. Según parece, en este tiempo estaba completamente sometido á la influencia de Churchill, hallándose dispuesto á abandonar el estandarte Real tan pronto se presentase ocasión favorable. Había otros dos traidores también entre los reunidos, Kirke y Trelawney, que mandaban aquellas dos feroces é indisciplinadas bandas conocidas á la sazón con el nombre de regimiento de Tánger. Como otros oficiales protestantes del ejército, ambos habían visto con gran disgusto la parcialidad mostrada por el Rey á los miembros de su Iglesia, y Trelawney recordaba con amargo resentimiento la persecución de su hermano el Obispo de Bristol. Jacobo se dirigió á la Asamblea en términos dignos de mejor sujeto y mejor causa. Muy bien podía suceder, dijo, que algunos oficiales tuvieran escrúpulo de conciencia en pelear en su defensa. Cuantos se hallasen en este caso podían renunciar á sus empleos, que él es-

(1) *Diario de Clarendon*, nov. 15, 16, 17 y 20, 1688.

taba dispuesto á admitir sus renunciaciones. Pero les conjuraba, como caballeros y soldados, á no imitar el vergonzoso ejemplo de Cornbury. Todos parecían conmovidos y ninguno tanto como Churchill. Él fué el primero en protestar, con bien fingido entusiasmo, que estaba pronto á derramar la última gota de sangre en servicio de su augustísimo amo; Grafton pronunció con igual calor y vehemencia protestas semejantes, y su ejemplo fué seguido por Kirke y Trelawney (1).

LI.

SOLICITAN LOS LORES QUE SE CONVOQUE UN PARLAMENTO.

Engañado por tales manifestaciones, el Rey se dispuso á marchar á Salisbury. Antes de su partida supo que gran número de Lores temporales y espirituales deseaban se les concediese una audiencia. Vinieron, en efecto, con Sancroft á la cabeza, á presentar una petición, en la cual solicitaban se convocase un Parlamento libre y legal, y que se entablasen negociaciones con el Príncipe de Orange.

No deja de ser curiosa la historia de esta petición. La idea parece haberse ocurrido á un tiempo á dos grandes jefes de partido, desde hacía mucho, enemigos y rivales: Rochester y Halifax. Ambos consultaron separadamente á los Obispos, y éstos acogieron la idea con entusiasmo. Propúsose entonces convocar una reunión general de Lores para deliberar la forma en que habían de dirigirse al Rey. Era el tiempo de las sesiones judiciales, y en tal época los hombres de alto

(1) Clarke. *Vida de Jacobo II*, 219, Mem. orig.

rango y los elegantes pasaban algunas horas diariamente en Westminster-Hall, á la manera que hoy lo hacen en los clubs de Pall Mall y en Saint-James-Street. Nada más fácil, para los Lores que allí acudían, que reunirse aparte en cualquier cámara vecina y celebrar una conferencia. Pero surgieron dificultades inesperadas. Halifax se mostró primero frío y luego hostil al proyecto. Era, por su carácter, aficionado á poner objeciones á todo, y en esta ocasión aguzaba su natural sagacidad la enemistad personal. El proyecto que había aprobado mientras le miraba como suyo, empezó á disgustarle no bien advirtió que también pertenecía á Rochester, el cual por tanto tiempo le había hecho la guerra, suplantándole al fin, y á quien él aborrecía cuanto su carácter indiferente le permitía aborrecer á cualquiera. Ejercía Halifax por este tiempo gran influencia sobre Nottingham. Ambos declararon que no pondrían sus nombres en la solicitud si Rochester la firmaba. En vano fueron todas las súplicas de Clarendon. «No trato de ofender á milord Rochester, dijo Halifax; pero ha sido individuo de la Comisión eclesiástica; los actos de aquel tribunal deben ser muy pronto sometidos á muy seria información, y no es propio que quien ha formado parte de aquel tribunal tenga participación en lo que nosotros hagamos.» Nottingham, en medio de las mayores protestas de estimación personal á Rochester, manifestó idéntica opinión. La autoridad de los dos Lores disidentes impidió que algunos otros nobles firmasen la solicitud; pero los Hydes y los Obispos insistieron. Diez y nueve nombres firmaron la solicitud, y los peticionarios, reunidos en corporación, se presentaron al Rey (1).

Recibió la petición de mal talante. Cierto que les

(1) *Diario de Clarendon*, desde el 8 al 17 de noviembre de 1688.

aseguró que deseaba con toda su alma la reunión de un Parlamento libre, prometiéndoles, bajo la fe de Soberano, convocarlo tan pronto el Príncipe de Orange saliese de la Isla. «Pero ¿cómo puede ser libre un Parlamento, dijo, mientras hay un enemigo en el Reino que puede reunir casi cien votos?» Con los Prelados se mostró especialmente duro. «No he podido recabar de vosotros, el otro día, una declaración contra los invasores, pero en cambio estáis dispuestos á declarar contra mí. Entonces no queríais mezclaros en política. Ahora no os asaltan tales escrúpulos. Habéis alentado el espíritu de rebelión entre vuestras ovejas y ahora tratáis de fomentarlo. Mejor haríais en enseñarles á obedecer que en enseñarme á mí á gobernar.» Se mostró muy irritado contra su sobrino Grafton, cuya firma figuraba inmediatamente después de la de Sancroft, y dijo al joven con gran aspereza: «No sabéis una palabra de religión ni os ocupáis de ella para nada, y sin embargo ¡pardiez! pretendéis tener conciencia.» Grafton respondió con descarada franqueza: «Es cierto, señor, que tengo muy poca conciencia, pero pertenezco á un partido que tiene mucha» (1).

Por muy duro que fuese el lenguaje del Rey con los peticionarios, no llegó ni con mucho al que empleó después que se retiraron. Había hecho ya demasiado, decía, esperando contentar á un pueblo ingrato y rebelde. Siempre había sido enemigo de las concesiones: sin embargo habíase dejado vencer en este punto, y ahora veía, como su padre, que las concesiones sólo servían á hacer á los súbditos más exigentes. Pero ya no cedería ni en un átomo, y según su cos-

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 212, *Mem. orig.*; *Diario de Clarendon*, 17 de nov., 1688; Citters, nov. 20 (30); Burnet, I, 791; *Algunas reflexiones sobre la humilde petición presentada á la excelentísima majestad del Rey, 1688*; *Modesta vindicación de la Petición*; *Colección primera de documentos relativos á Inglaterra, 1688*.

tumbre, repitió con vehemencia muchas veces: «ni en un átomo.» No sólo se negaría á entrar en negociaciones con los invasores, sino que tampoco estaba dispuesto á escuchar ninguna proposición que quisieran hacerle. Si los Holandeses querían negociar, el primer mensajero sería enviado sin respuesta; el segundo sería ahorcado (1). Con tan buen talante se puso en camino Jacobo para Salisbury. Su último acto antes de partir fué nombrar un Consejo de cinco lores que debían representarle en Londres durante su ausencia. De los cinco, dos eran papistas y no podían, según la ley, desempeñar ningún empleo. Con ellos fué nombrado Jeffreys, protestante, es verdad, pero más aborrecido por toda la nación que ningún papista. A los otros dos individuos de este Consejo, Preston y Godolphin, no se podía hacer ninguna objeción seria. El mismo día que el Rey salió de Londres, el Príncipe de Gales fué enviado á Portsmouth. Aquella fortaleza estaba muy bien guarnecida y sometida al gobierno de Berwick. La escuadra, á las órdenes de Darmouth, se hallaba muy cerca de allí, y se suponía que de ir mal las cosas, el regio infante podría sin dificultad ser trasladado de Portsmouth á Francia (2).

El 19 llegó Jacobo á Salisbury, alojándose en el palacio episcopal. De todas partes le llegaban malas nuevas. Los Condados del Oeste, por fin, se habían levantado. No bien fué conocida la deserción de Cornbury, muchos ricos hacendados, cobrando valor, se apresuraron á acudir á Exeter. Entre ellos figuraban sir Guillermo Portman, de Bryanstone, uno de los primeros potentados del Dorsetshire, y sir Francisco Warre, de Hestercombe, gran propietario del Somers-

(1) Adda, nov. 19 (29), 1688.

(2) Clarke, *Vida de Jacobo*, 220, 221.

setshire (1). Pero el más importante de los recién venidos era Seymour, que últimamente había heredado una baronía que añadía muy poco á su rango, y que por su nacimiento, influencia política y talento parlamentario ocupaba, sin disputa, el primer puesto entre los caballeros tories de Inglaterra. Dícese que en su primera audiencia con Guillermo desplegó su característico orgullo, de un modo que sorprendió y divirtió al Príncipe. «*Me parece, sir Eduardo*, dijo Guillermo creyendo lisonjearle, *que sois de la familia del Duque de Somerset*.—*Perdonad, señor*, contestó sir Eduardo, el cual nunca olvidaba que era jefe de la rama principal de los Seymours; *el Duque de Somerset es de mi familia*» (2).

LII.

CORTE DE GUILLERMO EN EXETER.

El campamento de Guillermo empezaba ahora á presentar el aspecto de una corte. Más de sesenta personas de rango y fortuna se alojaban actualmente en Exeter, y las ricas libreas y carrozas de seis caballos que diariamente se veían en el recinto de la catedral, daban á aquel lugar tranquilo alguna semejanza con el esplendor y alegría de Whitehall. La gente del pueblo se mostraba muy deseosa de tomar las armas, y

(1) Eachard, *Historia de la Revolución*.

(2) Muchos escritores refieren la respuesta dada por Seymour á Guillermo. Tiene gran semejanza con una anécdota que se cuenta de los Manriquez. Dícese que tomó por divisa esta familia las siguientes palabras: «Nos no descendemos de los reyes, sino los reyes descenden de nos».—*Carpentariana*.

hubiera sido fácil formar varios batallones de infantería. Pero Schomberg, que confiaba muy poco en soldados que acabasen de dejar el arado, sostenía que si la expedición no triunfaba sin echar mano de semejante recurso, no triunfaría de ningún modo, y Guillermo, que era tan celoso de la profesión militar como Schomberg, manifestó la misma opinión. Así, pues, se dieron con mucha parsimonia despachos para la creación de nuevos regimientos, y sólo se admitían hombres escogidos.

Se consideró oportuno que el Príncipe diese una recepción pública á todos los nobles y caballeros reunidos en Exeter. Les dirigió un discurso breve, pero digno y bien meditado. Dijo que no conocía á todos los presentes, pero que tenía lista de sus nombres y sabía cuán estimados eran en su país. Les reprendió suavemente su tardanza, si bien manifestó confiar en que aun no fuese demasiado tarde para salvar el Reino. «Así, pues, añadió, caballeros, amigos y hermanos protestantes, recibid vosotros y todos los vuestros la más cordial bienvenida á nuestra corte y campo (1).

Seymour, político perspicaz, acostumbrado desde hacía mucho á la táctica de los partidos, advirtió desde luego que el que había empezado á reunirse en derredor del Príncipe carecía de organización. No era todavía, dijo, más que una cuerda de arena; no había ningún fin común declarado pública y formalmente; nadie se había comprometido á nada. Conforme terminó la recepción en el Decanato, hizo venir á Burnet y le indicó la idea de formar una liga y que todos los Ingleses partidarios del Príncipe, firmasen un documento, comprometiéndose á guardar lealtad á su

(1) Colección cuarta de documentos, 1688; Carta de Exon; Burnet, I, 792.

jefe y á sus compañeros. Comunicó Burnet el proyecto al Príncipe y á Shrewsbury, los cuales le dieron su aprobación. Celebróse una asamblea en la catedral, donde se dió lectura á un documento de corta extensión redactado por Burnet, y el cual se aprobó, apresurándose á firmarlo los presentes. Comprometíanse los signatarios á trabajar de concierto hasta conseguir los fines expuestos en la Declaración del Príncipe; á defenderle á él y á defenderse mutuamente; á tomar señalada venganza de cuantos intentaran algo contra la persona de Guillermo, y caso de que tal tentativa se realizase, lo que Dios no quisiera, á continuar firmes en su empresa hasta dejar aseguradas las libertades y la religión de Inglaterra (1).

Por este mismo tiempo llegó á Exeter un mensajero del Conde de Bath, que mandaba en Plymouth. Declaraba el Conde poner á disposición del Príncipe su persona, sus tropas y la fortaleza que gobernaba. Con esto no quedaba á los invasores ni un solo enemigo á retaguardia (2).

LIII.

INSURRECCIÓN DEL NORTE.

Mientras de este modo se levantaba el Oeste, frente al Rey, cundía á sus espaldas, en todo el Norte, la llama de la rebelión. El 16, Delamere tomó las armas en el Cheshire. Convocó á sus colonos, les incitó á se-

(1) Burnet, I, 792; Historia de la Deserción; Colección segunda de documentos, 1688.

(2) Carta de Bath al Príncipe de Orange, nov. 18, 1688; Dalrymple.

guirle, prometiéndoles, si caían en la pelea, renovar los arrendamientos á nombre de sus hijos, y exhortó á todos los que tenían un buen caballo á echarse al campo ó poner un sustituto (1). Se presentó en Manchester con cincuenta jinetes armados, y antes de llegar á Boaden Downs su fuerza se había triplicado.

Los condados vecinos eran presa de violenta agitación. Habíase convenido que Danby se apoderase de York, y que Devonshire se presentase en Nottingham. En esta última ciudad no se creía encontrar resistencia; pero en York había una pequeña guarnición mandada por sir Juan Reresby. Danby desplegó extraordinaria habilidad. Habíase convocado para el 22 de noviembre á la *gentry* y á los pequeños propietarios del Yorkshire con objeto de dirigir al Rey una representación acerca del estado de los negocios. Todos los delegados de los lugartenientes, en los tres Ridings, varios nobles y una multitud de opulentos *squires* y *yeomen* acomodados habían acudido á la capital de su provincia. Cuatro compañías de la milicia cuidaban del mantenimiento del orden. La Casa Consistorial estaba llena de electores, y ya la discusión había empezado, cuando súbitamente se oyó gritar que los papistas se habían levantado en armas y estaban matando á los protestantes. Probablemente los papistas de York andarían entonces ocupados en buscar donde esconderse, y no en atacar á enemigos cuyo número, respecto de ellos, estaba en la proporción de ciento contra uno. Pero en aquella sazón no había cuento de atrocidad cometida por los católicos, por maravillosa y absurda que fuese, que no encontrase en seguida entero crédito. Disolvióse la reunión

(1) Colección primera de documentos, 1638; Gaceta de Londres, 22 de nov.

llena de terror. En toda la ciudad reinaba la mayor confusión. En este momento, Danby á la cabeza de unos cien jinetes, se dirigió á la milicia, gritando: «¡Abajo el papismo! ¡Parlamento libre! ¡Religión protestante!» Los milicianos repitieron sus aclamaciones é inmediatamente la guarnición fué sorprendida y desarmada, y reducido á prisión el Gobernador. Cerráronse las puertas de la ciudad y se colocaron centinelas en todas partes. Permittedse al populacho derribar una capilla católica; pero, según parece, no se cometió más que este atropello. A la mañana siguiente llenaban la Casa Consistorial los primeros caballeros del condado y los principales magistrados de la ciudad. El Lord Mayor ocupaba la presidencia. Danby propuso una declaración, exponiendo las razones que habían inducido á los amigos de la Constitución y de la religión protestante, á levantarse en armas. Adoptóse en seguida la declaración, que al cabo de pocas horas iba autorizada por las firmas de seis Pares, cinco Barones, seis Caballeros de distintas órdenes y muchas personas de cuenta (1).

Al mismo tiempo, Devonshire, á la cabeza de gran número de amigos y servidores, abandonaba el palacio que estaba construyendo en Chatworth y se presentaba en armas delante de Derby, donde entregó, con toda formalidad, un documento á las autoridades, en el cual se contenían las razones que le habían movido á su empresa. Se encaminó en seguida á Nottingham, que pronto llegó á ser cuartel general de la insurrección del Norte. Aquí publicó una proclama concebida en términos duros y atrevidos. El nombre de rebelión, decía, era un espantajo que no podía asus-

(1) Memorias de Reresby; Clarke, Vida de Jacobo, t. II, 231, Mem. orig.

tará ningún hombre discreto. ¿Acaso era rebelarse, defender aquellas leyes y aquella religión que todos los Reyes de Inglaterra habían jurado mantener? La manera como últimamente se había cumplido tal juramento era una cuestión que muy pronto, según se esperaba, decidiría un Parlamento libre. En tanto, los insurgentes declaraban que, al levantarse, no incurrían en el delito de rebelión, pues, era un acto de propia y legítima defensa resistir á un tirano que no conocía más ley que su capricho. La insurrección del Norte se hacía cada día más formidable. Cuatro Condes ricos y poderosos, Manchester, Stamford, Rutland y Chesterfield, se encaminaron á Nottingham, donde se les incorporó Lord Cholmondley y Lord Grey de Ruthyn (1).

Durante todo este tiempo los ejércitos enemigos del Mediodía se aproximaban el uno al otro. Cuando el Príncipe de Orange supo que el Rey había llegado á Salisbury, consideró que ya era tiempo de salir de Exeter. Puso á aquella ciudad y la comarca que la rodea bajo el gobierno de sir Eduardo Seymour, y el miércoles, 21 de noviembre, se puso en marcha, escoltado por muchos de los más nobles caballeros de los Condados del Oeste, para Axminster, donde permaneció algunos días.

El Rey estaba deseoso de combatir, y á sus intereses convenía mucho el hacerlo. Cada hora que pasaba le privaba de alguna fuerza y aumentaba las de su contrario. Importaba mucho además que no se llegase á delrrear sangre. Una gran batalla, cualquiera que fuese su resultado, sería perjudicial á la popularidad del Príncipe. Guillermo, que así lo comprendía, de-

(1) Cibber, *Apología; Historia de la deserción; Diario de Luttrell; Segunda colección de documentos*, 1688.

terminó evitar una acción mientras le fuese posible. Se refiere que cuando dijeron á Schomberg que el enemigo avanzaba y estaba resuelto á pelear, contestó con la sangre fría del táctico seguro de su talento: «*Será lo que nosotros queramos.*» No era posible, sin embargo, evitar en absoluto las escaramuzas entre las avanzadas de ambos ejércitos. Guillermo deseaba que en tales encuentros no sucediese nada que pudiera lastimar el orgullo ó excitar la venganza de la nación que intentaba libertar. Así, pues, con admirable prudencia colocó los regimientos ingleses en los sitios donde parecía más inminente el riesgo de la pelea. Las avanzadas del ejército Real estaban compuestas de Irlandeses, lo cual fué causa de que en los insignificantes combates de esta breve campaña, los invasores tuvieran de su parte la más profunda simpatía de todos los Ingleses.

LIV.

ESCARAMUZA DE WINCANTON.

Verificóse el primero de estos encuentros en Wincanton. El regimiento de Mackay, compuesto de soldados ingleses, estaba cerca de un cuerpo de tropas irlandesas que mandaba un compatriota suyo, el valiente Sarsfield. Mackay envió un pequeño destacamento, á las órdenes de un alférez llamado Campbell, en busca de caballos de bagaje. Campbell encontró en Wincanton lo que necesitaba, y se disponía á salir de la ciudad, de regreso á su campamento, cuando se aproximó una fuerte sección de las tropas de Sarsfield. Los Irlandeses eran cuatro contra uno,